

GLOSAS Y COMENTARIOS

EL FUTURO PROXIMO DE LOS PAISES SUBDESARROLLADOS COLINDANTES CON EL BLOQUE COMUNISTA

I

Conforme a sus normas, los Institutos alemanes de Investigación de Ciencias Económicas celebraron en Kiel su XXII Asamblea General del Trabajo en colaboración, y recientemente han publicado sus estudios en un número especial de la revista *Konjunkturpolitik*¹.

Pretendo en este artículo reflejar algún aspecto de los temas discutidos en la Asamblea, por la evidente conexión que estos estudios tienen con nuestra problemática nacional, y por la importancia que en sí mismos encierran. (Me daría por satisfecho con el mero colaborar a despertar el interés de algún sector español hacia lo que sucede en serio más allá de nues-

¹ Participantes en la Asamblea:

Forschungsinstitut für internationale technische Zusammenarbeit, Aachen.

Bremer Ausschuss für Wirtschaftsforschung, Bremen.

Deutsches Institut für Wirtschaftsforschung, Berlin.

Institut für Ausländische Landwirtschaft, Berlin.

Bundesministerium für Wirtschaft, Bonn.

Institut für Weltwirtschaft, Kiel.

Bundesanstalt für Bodenforschung, Hannover.

Institut für Agrarwissenschaft, Freiburg/Breisgau.

Arbeitsgemeinschaft «Entwicklungsländer» beim BDI, Köln.

IFO-Institut für Wirtschaftsforschung, München.

Wirtschaftswissenschaftliches Institut der Gewerkschaften, Köln.

Soziologisches Seminar der Universität Kiel, Kiel.

Hamburgisches Welt-Wirtschafts-Archiv, Hamburg.

Osteuropa-Institut, Berlin.

Europäische Wirtschaftsgemeinschaft, Brüssel.

Forschungsinstitut für Wirtschaftspolitik, Mainz.

Forschungsstelle für Energiewirtschaft, Karlsruhe.

tras fronteras, donde gracias a Dios no todo es rechazable, sino al contrario, más de una vez norma).

El problema general anunciado para la previa investigación de los Institutos alemanes antes de la Asamblea era: Economía agrícola e Industrialización de los países subdesarrollados (o en desarrollo, como delicadamente se ha decidido llamarlos).

El primer aspecto fundamental analizado en la Asamblea fue expuesto por el profesor Dr. F. Baade, cuyas ideas voy a insinuar y comentar: relaciones existentes entre desarrollo agrícola y desarrollo industrial.

Es una pregunta ineludible en las discusiones internacionales la de si tal o cual país en su esfuerzo por formar capital no ha dado exclusiva preferencia a la industria y abandonado así su agricultura.

Vale la pena, para enfrentarse con la pregunta sinceramente, dar un poco de perspectiva a base de algunas cifras orientadoras: una división posible —y especialmente apta para la discusión— que el profesor Baade quiere suscitar del mundo habitado sería la siguiente: unos 800 millones de habitantes en los países más o menos ya definitivamente industrializados, inclusive Japón y la Unión Sudafricana. En segundo lugar el bloque comunista, que casi llega a los 1.000 millones. En tercer lugar, los otros 1.000 millones de hombres que puede agruparse a su vez en dos categorías: los 220 millones que no se hallan cerca del bloque comunista y los 750 millones que se extienden a lo largo de la frontera comunista: Turquía, República Árabe Unida, Irak, Pakistán, India, Ceilán, Tailandia, Indonesia, Formosa, Corea del Sur.

En los años que nos quedan hasta el 2.000 sucederá que los habitantes de los países hoy industrializados, ya no representarán una tercera parte de la población mundial —como hoy con sus 800 millones— sino que, conforme al crecimiento actual de población, quedarán reducidos a una quinta o quizá una sexta parte del total. El bloque comunista pasará de sus 1.000 millones de hoy a unos 2.400 millones o 2.600. Los 750 millones que hoy limitan con el comunismo serán unos 2.000 millones. Naturalmente, prescindiendo de sucesos totalmente imprevisibles en cuanto al crecimiento de cada región en el número de sus habitantes y prescindiendo de eventuales absorciones por parte del bloque comunista.

Pregunta ineludible: ¿se harán comunistas los países fronterizos hoy al bloque comunista? Con lo cual $\frac{4}{5}$ partes de los habitantes de la tierra se hallarían bajo régimen comunista. La respuesta, muy seria, parece debe sonar así: depende de que el progreso agrícola e industrial de estos países vaya a la par del progreso agrícola e industrial de sus vecinos comunistas. Si los países hoy sólo fronterizos al comunismo advierten que los países de régimen comunista progresan más eficazmente que ellos mismos, sucumbirán: abrirán las puertas al comunismo.

El profesor Baade somete a estudio detallado esta gran región de la tierra

colindante con el bloque rojo y enuncia una serie de factores más o menos comunes que permiten tratar de este conjunto de países como de una unidad.

1. El primer hecho más o menos común a todos estos países consiste en el ritmo actual de crecimiento de su población. Debida no tanto al aumento de la natalidad, cuanto a la disminución de mortalidad en los niños y a la lucha eficaz contra la malaria. En Turquía, por ejemplo, en 1924 aldeas enteras de las regiones más fértiles, sucumbían a la fiebre. Incluso en 1934 seguía siendo la malaria una tragedia nacional.

También en otros países ha perdido la malaria víctimas decisivamente. Así Ceilán ha visto disminuir su mortalidad en el plazo de 7 años (hasta 1952, fecha en que pude personalmente asistir a fiestas populares celebrando su rescate de la malaria): de 22 por 1.000 habitantes a 12 por 1.000, avance que costó a Inglaterra en su tiempo no menos de 70 años, como puede verse en *World Population and Resources. A Report by PEP*. London 1955, p. 12.

Hoy van a la cabeza del crecimiento mundial de población China y Turquía con un 3 por 100 anual. La India aumenta a razón de 1,2 por 100, debido a que la mortalidad no ha descendido aún de unos 20 por 1.000. (Hasta hace poco era de 40 por 1.000). Si, según es de esperar, el índice de mortalidad en la India desciende en los próximos años a 12 por 1.000 y su índice de nacimiento no se altera notablemente, la India crecerá a un ritmo de 2,5 por 100 anual. Otro tanto se puede afirmar de los países limítrofes y de Indonesia.

2. El segundo hecho común de esta serie de naciones es la inmensa dificultad existente para multiplicar su producción agrícola —y así sus alimentos— a la misma velocidad que su población. Resulta una tentación constante para todos ellos el refugiarse en la doctrina maltusiana: control de natalidad, guerra o muerte. Viven estos pueblos en lucha permanente contra su destino.

Como ejemplo, Turquía ha fracasado hoy por hoy en su afán de convertirse en país exportador de trigo. Sus cosechas extraordinarias de los años 1951, 1952-53 cedieron ante la sequía de los años siguientes. Tanto Turquía como Paquistán cubren su déficit en este particular con regalos de los EE. UU.

Más difícil, parece, es el caso de la India, a pesar del primer impulso consiguiente al plan quinquenal: los cereales fueron cosechados abundantemente —un aumento del 20,4 por 100; de 54 millones de toneladas a 65 millones— como nunca hasta entonces. Un ritmo de aumento que casi triplicaba el ritmo de crecimiento de la población. Se logró hasta recoger 69 millones de toneladas en dos ocasiones, pero se ha vuelto a descender a 62 millones. Si nos atenemos al informe publicado por la Comisión enviada por la Fundación Ford —invitada por el Gobierno indio—, dentro de 5 años

producirá India un 25 por 100 de los cereales que necesita. Por tanto habría de triplicar su ritmo de progreso de producción agrícola actual.

¿Quién no comprende la envidia con que todos estos países dirigen su mirada al país vecino, la China comunista, cuyo ritmo de crecimiento de población es el más elevado de la tierra y cuyo ritmo de progreso en producción agrícola supera ya al de su población? China ha conseguido cifras alarmantes: antes de la guerra cosechaba 138 millones de toneladas de productos agrícolas fundamentales. En 1955 logró ya los 175 millones. El año 1958 no menos de 250 millones (prescindimos de cantidades discutibles, como la inclusión de boniatos entre los cereales, que apenas si hacen variar las cifras de conjunto). Este progreso de más del 10 por 100 anual supera toda expectación. Parece que hay que reconocer que no todo es propaganda oficial comunista: un especialista mundial de la categoría de Lord Boyd Orr —primer Director General de la FAO— reconoció en *The New York Times*, (International Edition de 14 de mayo de 1959), que «las apreciaciones chinas de su poderoso aumento de producción de alimentos no son exageradas». La eficiencia comunista en China comienza a ser proverbial para los pueblos circundantes, que sueñan con imitar el avance chino.

3. El tercer hecho común viene dado por la carencia de tierras en estos países, que fácilmente puedan añadirse a la producción nacional, a base, por ejemplo, de trabajarlas con el arado. Faltan reservas de terreno cubierto de hierba, de fácil transformación en campos arables. Estridente es la necesidad en Turquía: pues en los últimos diez años parece que se han transformado en campos arables y arados demasiados terrenos: de 16 millones de hectáreas laborables se pasó a 24, a fuerza de aprovechar terrenos muy secos y situados a menudo en laderas. Los resultados han sido catastróficos. La erosión se ha presentado desoladora, y los terrenos nuevos son difíciles de proteger. La riqueza del suelo también padece. Hay que dar marcha atrás.

También en la India son minimales las reservas de terreno transformable. Se necesitan tractores poderosos para roturar ciertos terrenos que se resisten a todo esfuerzo manual: tan resistentes son ciertos matorrales (*Sacharum spontaneum*) que allí crece.

Semejante panorama presenta Indonesia. En las superpobladas Java y Bali no quedan reservas por explotar y en las apenas pobladas Borneo y Sumatra supera las fuerzas del individuo y de la aldea el arrebatar más terreno laborable a la tierra salvaje. Eso sí, a fuerza de enviar ejércitos de trabajo que conquisten esas regiones —hoy en parte estropeadas por el intento de hacer desaparecer la selva virgen quemándola— con máquinas gigantes se podría preparar campo suficiente para alimentar a todo Indonesia: claro que habría que construir terrazas y proteger contra la erosión.

4. El cuarto factor que unifica la estructura económica de estos pueblos consiste en la urgencia con que todos requieren un sistema de riesgos y conducción de aguas. Los métodos al alcance del individuo particular ya están agotados. Se ha de acudir a las construcciones gigantes, a los

grandes proyectos, de canalización y desvío de aguas. Así, por ejemplo, se han comentado diversos planes posibles de aprovechar el gran caudal de agua del Éufrates y del Tigris: todos concuerdan en el inmenso contingente de trabajadores y máquinas necesarios.

Para envidia de todos, China ha transformado en los primeros cinco años una extensión de 30 millones de hectáreas de secano en regadío, es decir, cuatro veces la superficie total de regadío de los EE. UU. En los siete años del próximo plan pretende China dar agua a otros 30 millones de hectáreas. Si lo logra, ¿qué actitud tomarán los pueblos circundantes, de problemática parecida y de soluciones hasta la fecha tan lentas?

Turquía, con pleno esfuerzo, ha transformado por año unas 7.000 hectáreas durante los últimos 7 años... Si cada 1.000 habitantes de Turquía debieran convertir en terreno de regadío tantas hectáreas proporcionalmente como 1.000 chinos, habrían de dar agua anualmente a unas 250.000 hectáreas. Y es que los sistemas aplicados hasta hoy tanto en Turquía como en el Irak, en la India y en Indonesia son primitivos.

El informe ya mencionado de la Comisión de estudios enviada por la Fundación Ford indica que el aumento de producción debido a la conducción de aguas en la India ha sido mínimo: de un 25 por 100 aproximadamente, cuando se puede esperar un aumento de tres, cuatro y hasta cinco veces la producción original, si la técnica es perfecta, si los abonos son adecuados, si se selecciona el fruto, si se combaten las plagas, etc. Así se ha logrado en Japón y Egipto combinar el riego con el adecuado abono y demás, y se obtienen cosechas cuatro y cinco veces más ricas que en estos países desatendidos. ¿Habrá que repetir la urgencia y necesidad de aplicar fuerzas ingentes y máquinas poderosas para realizar proyectos de gran escala, pantanos, canales —todo de cemento, hasta la última acequia que desembogue en el campo—? Si no, las posibilidades alimenticias de estas naciones jamás se realizarán.

5. Como quinto hecho sintomático de los países en cuestión hay que señalar el porcentaje elevadísimo de trabajadores que se dedican a la agricultura. Hasta el 80 por 100 de la fuerza total de estos países se aplica al campo, con un rendimiento mínimo. Incluso el aumento de población tiende a concentrarse —digamos permanecer— preponderantemente en las faenas agrícolas. Dada la reducida extensión que cada familia cultiva —4,5 hectáreas en Turquía, 3 hectáreas en la India—, ¿qué ventaja se va a reportar para la renta nacional, para el producto social de la nación? Ninguna.

De los 9 millones que trabajan la tierra turca, ¿cuántos millones resultan superfluos? Y añádase que 200.000 jóvenes regresan licenciados del Ejército anualmente a sus casas, donde nada de provecho van a realizar. Este ambiente refleja el informe de la FAO sobre Turquía. ¿Qué plan de industrialización podrá absorber los 14 millones de ciudadanos con que aumentará la población turca en los próximos 15 años?

Rusia lleva 20 años atendiendo este problema y ha logrado dar que

hacer fuera de la agricultura no sólo a las nuevas fuerzas nacidas, sino a 20 millones de los que antes trabajaban en agricultura. China la está imitando.

No podemos menos de preguntarnos si sólo la brutalidad comunista es capaz de imponer un sistema eficaz o si no serán viables otros modos de acertar con el reparto de fuerzas, sin necesidad de pasar por encima de derechos fundamentales del hombre y de la familia.

6. El sexto factor que afecta parejamente a estos pueblos fronterizos con el bloque comunista es muy grave: el nivel bajísimo de formación y cultura que predomina. Durante mi larga estancia en Japón tuve interés en comprobar que realmente no era mera leyenda el hecho de que incluso el 99 por 100 de japoneses asistían a la escuela de primera enseñanza, destruido definitivamente todo rastro de analfabetismo. Este porcentaje —que hasta para España resulta hoy por hoy irrealizable— no pasa de ser un sueño para la India e Indonesia, con su casi 80 por 100 de analfabetos, e incluso para Turquía con un 50 por 100 o más.

Es utópico el querer elevar el nivel de vida de un pueblo, su producción, su renta nacional, de modo eficaz y duradero, sin comenzar por la base de la formación: leer, escribir, aritmética y geometría, fundamentos de geografía e historia, etc., etc.

Resulta difícil convencer a un pueblo de la necesidad absoluta de formar a sus habitantes, incluso en escuelas técnicas y Universidades, para asegurar el nivel de vida que corresponde al siglo XX. De nada servirían ni siquiera fuertes inversiones extranjeras, para poner en marcha nuestra economía nacional: a la larga, malgastaríamos nuestros bienes, porque la vitalidad económica duradera consiste en un constante circular entre producción y consumo, que supone gran base de formación en la nación. Quizá (con reservas se puede defender) una familia inculta —hay muchos grados de incultura— pueda enriquecerse definitivamente con un regalo en dinero que le venga de fuera; quizá sí... o quizá acabe por malgastarlo, por mala administración y mal uso. Pero ciertamente que una nación no se enriquecerá para siempre por el mero hecho de tener oro en sus depósitos nacionales. Es inconmensurable la diferencia que existe entre una industria con obreros analfabetos y una industria con obreros cultos; aun prescindiendo de la repercusión tan distinta que un cuadro de trabajadores cultos ejerce social y políticamente sobre la marcha de la economía y de la política en un momento crucial dado.

Por no salirme del comentario que me he propuesto, no me pongo a comparar el número de universitarios japoneses con el de españoles, el número de sus estudiantes técnicos con el nuestro: resultaría una relación insospechada.

Rusia ha acertado al ponerse a formar anualmente un número igual al del total de los países del orbe. China planea seguir el mismo camino.

También de esta consideración breve se sigue la urgencia de una ayuda para todos estos países retrasados, que apenas pueden atender a su forma-

ción con su menguada renta nacional, si se quiere lograr el progreso de estos 750 millones de hombres por vías diversas de las comunistas.

7. Cabe anotar un séptimo factor común, factor que en cierto modo es ya una insinuación del remedio ineludible. La estructura actual presenta un buen capital de fuerzas humanas, desperdigadas por aldeas y montes y llanos, en paro más o menos manifiesto. La sistemática incorporación de todos estos hombres al quehacer nacional se ha hecho imprescindible: para la lucha contra la erosión, para la construcción de pantanos y canales, tendido de carreteras, roturación de selvas, preparación de terrenos pantanosos, construcción de terrazas, etc., etc., en cantidades ingentes. De ordinario no será suficiente el movilizar estas fuerzas en paro por medio del mercado de trabajo. Hay que recurrir a la creación de nuevas posibilidades, que acaben con la debilidad estructural. Aterra pensar que sólo la manera radical de actuar del comunismo en China con sus grandes Comunes signifique una solución, brutal, pero solución.

Conforme al estudio presentado por la FAO sobre Turquía, no le queda más opción que acudir a un servicio militar social. Si todo ciudadano útil debe estar dispuesto en caso de guerra a defender su patria, parece obvio que también el ejército se ciudadanice un tanto en tiempo de paz para salvar al país de un mal no menor que el que supone la guerra.

India prefiere entre tanto agrupar sus aldeas innumerables. El cuadro de técnicos y consejeros que semejante sistema exige, supera todo cálculo, ya que, por falta de la formación debida, apenas si se encuentra en cada aldea uno capaz de cooperar científicamente al proceso. Hoy nos faltan datos para juzgar si la India habrá de imponer también sistemas más radicales dentro de un par de años o si le bastará con estas agrupaciones de sus aldeas para movilizar radicalmente las fuerzas en paro. El informe de la Comisión de estudios de la Fundación Ford coincide fundamentalmente con el plan de la FAO. La gigantesca red de canales, v. gr., necesaria para conducir el agua kilómetros y kilómetros, será deficiente, si no se construye bajo la dirección técnica de ingenieros y expertos y con la ayuda del potencial humano hoy en paro.

Evidentemente no basta la movilización de las fuerzas hoy agrícolas, sino que hay que comenzar a la vez con un plan de industrialización. Cuando se formula repetidamente en las discusiones internacionales la pregunta anotada el comienzo: «¿no se debería limitar las inversiones industriales y atender mucho más a la agricultura?», se suele responder con la mejor intención que sí, que la industrialización ya vendrá, que de momento lo que urge es la agricultura. Semejante respuesta se publica en los periódicos populares y más de una vez en los mismo estudios del Banco Mundial sobre, v. gr., los países del Medio Oriente. Así en los informes de 1951, 1952 y 1955 sobre Turquía, El Irak y Siria, por no citar otros.

Pero la verdad es otra: la verdad es que no se debe establecer la alter-

nativa fatal «agricultura o industria», como si fuese problema de elección. Son en rigor progresos correlativos, que mutuamente se fundamentan y se complementan. Apenas si se puede concebir el verdadero progreso de la agricultura con plenitud, sin contar con la industrialización para producir la maquinaria y los medios de transporte adecuados, por poner un ejemplo. Las reservas de divisas de los países subdesarrollados desaparecerían a una velocidad mayor todavía, si hubiesen de quedar perpetuamente condenados a importar cemento, acero, instrumentos, maquinaria, necesarios para su desarrollo agrícola. Luego aciertan al levantar fábricas de cemento e incluso de acero. El rendimiento de tales inversiones se advierte al cabo de dos o tres años, en ciertos casos hay que aguardar hasta cinco o seis años hasta que la exportación agrícola corrobora el acierto del camino seguido.

En general se ha de afirmar que el progreso agrícola se condiciona al progreso industrial primario, básico. Para el cual de ordinario faltan inversiones. Este sería el momento de escribir una palabra sobre la localización de estas industrias básicas: pero la problemática del traspaso del campo a la industria lejana de la aldea es una problemática tan rica, que supera las posibilidades de este artículo. Baste de momento insinuar en primer lugar, que el Estado no debe permitir que falte esta industria en tal cantidad que el campo padezca: por tanto toca al Estado también situar las industrias agrícolas, base en los núcleos donde la emigración a la industria se realiza en grado excesivo. Esto, finalmente, no justifica que el Estado prohíba la erección de industrias en regiones de suyo aptas o que imponga la industrialización de regiones menos aptas —a los principios excesivamente improductivas y caras— por las mismas razones políticas. Esto son lujos que en las naciones subdesarrolladas no se deben tolerar.

Pertenece a este grupo de industrias clave sin duda la electrificación graduada. China dispone de reservas de carbón esparcidas por todo el país, que facilitan la grande y la pequeña industria de modo envidiable.

Aunque es verdad que la financiación de semejantes empresas ha de venir en buena parte del extranjero industrializado, no lo es menos que el país subdesarrollado ha de poner en juego a la totalidad de su mano de obra, organizadamente, eficazmente. Por eso —entre otros motivos— desaprobamos hoy la gran masa de operarios, a veces especializados, y que marchan a otros países en busca de trabajo, mientras España pierde sus mejores fuerzas: no es el remedio económico para España la emigración, sino la reactivación, a fuerza de liberalizar, por razones de tipo político, gradualmente la economía y la política. Inglaterra, en el siglo XVIII trasladó gran parte de su mano de obra —el 70 por 100 del total se hallaba en la agricultura— de la improductividad agrícola a la producción industrial. Proceso duro, porque buena parte del producto social así logrado no iba a manos de los obreros, sino a manos del empresario, que tenía la obligación de seguir invirtiendo en industria. La ayuda que Inglaterra recibió de fuera fue nula. Aunque claro está que otras circunstancias mundiales reinaban por entonces. Hoy se requiere —incluso por humanismo de primer grado—

la ayuda de los países poderosos para suavizar los primeros años amargos de los países por desarrollar. En ciertos casos, no sólo para la industrialización definitiva, sino para rellenar el vacío creciente entre el aumento de población y el aumento de producción de alimentos, es palmaria la necesidad de ayuda externa.

La Ley n.º 480 de los EE. UU. permite la venta de los superávit agrícolas a los países necesitados contra moneda débil. Este tipo de regalo es lo suficientemente acertado para preparar una posible inversión en el país pobre a la larga. Pero la cantidad actual de este comercio benéfico dista de alcanzar su nivel ideal. Probablemente se habría de recurrir a una serie de ayudas en bloque, internacionales de origen e internacionales de destino, conforme a un plan coordinador. Algo así como una mundialización del plan Marshall, que coordinó los esfuerzos posibles de los particulares en una ayuda global sistematizada.

El profesor Baade formuló una frase a este propósito, que quiero reproducir aquí: «No se trata de plantear la ayuda como «ayuda para luchar contra el comunismo», sino que se trata de competir de tal modo con el comunismo que los países que limitan con él no se vean obligados para poder desarrollarse eficazmente a apropiarse totalmente los métodos comunistas».

II

Como complemento de este comentario, quizá interese a más de un lector un par de preguntas, que se le suscitan a cualquiera que se pone en contacto con esta problemática y que, en parte, salieron a discusión en esta Asamblea General XXII de los Institutos alemanes de Investigación.

1. Acaso una primera dificultad se ocurra, que podría formularse así: Luego no basta, aparentemente, la tierra para alimentar a los 5 ó 6.000 millones que la habitarán a fin de siglo. Especialmente uno no concibe que se puedan alimentar a los trabajadores que en masa han de abandonar sus aldeas y marchar a la industria. Porque siempre es más fácil dar de comer —poco y mal— en el campo al trabajador que organizar un sistema de alimentación alrededor de la industria.

Los Institutos alemanes de Investigación calculan que con los actuales medios de exportación de las riquezas terrestres —sin contar, por tanto, probables avances futuros— se pueden alimentar cómodamente hasta 6.500 millones de hombres. Otra cosa es la triste realidad, es decir, la serie de graves dificultades que agobian a los países aquí estudiados, a no ser que se resuelvan a aplicar métodos comunistas o se apliquen desde dentro y desde fuera medidas humanas, sí, pero radicales. Así lo demuestra la creciente producción de China, el progreso del Japón, e incluso en Turquía el experimento hecho con la producción del arroz, llevado a cabo por los alemanes: «Mustergut Tahirova»: hasta tres veces más arroz se ha conseguido cosechar y se confía en cosechar otras dos o tres veces más. Otro tanto

nos enseña el Banco Mundial: la posibilidad de cuadruplicar, al menos, la producción agrícola de la India.

2. Otro tipo de pregunta más incisiva que la anterior se podría referir a la eventual financiación del proceso de desarrollo de los países aquí estudiados. Se han propuesto cifras muy diversas para asegurar la industrialización y el progreso agrícola correspondiente a estos 750 millones de seres humanos. En una sesión de economistas y políticos católicos celebrada este año en Königstein se comentaron cantidades que variaban desde 3.000 millones de dólares anuales hasta 20.000 millones (pues no se podían excluir de la ayuda a los países que no limitan con el bloque comunista). Suponiendo que una cantidad prudencial de ayuda externa debiera ser realmente de unos 10.000 millones de dólares anuales, alarma el advertir que entre 1954 y 56, v. gr., no se superó la cantidad de 2.000 millones de dólares. Por otra parte, los 1.000 millones de hombres que viven en países hoy necesitados de ayuda económica han de elegir entre uno de dos caminos: o elevar la *Investitionsquote* hasta un 10 por 100 (es el mínimo) ó un 25 por 100 (sería ya algo tangible) del producto social bruto a base de renunciar totalmente, radicalmente, a todo aumento del consumo (¿quién responde de semejante camino durísimo?), o permitir que el consumo crezca pero a ritmo definitivamente más lento que la producción. Es el camino largo, pero sano. El Dr. Krenzel comenta a este propósito la situación: si se asigna una renta de unos 100 dólares *pro capite* a los 1.000 millones de subdesarrollados —en números redondos unos 100.000 millones de producto social—, el 25 por 100 para inversiones supone aproximadamente el doble de toda la inversión de la potentísima Economía alemana en estas fechas... ¿Qué camino tomar? ¿Escoger determinados puntos claves de inversión de un plan mundial?

3. Como complemento de esta grave pregunta añádase que, conforme a los comentarios expuestos, no se vislumbra la posibilidad de realizar la industrialización sin atravesar un largo período de intenso hambre, como se afirma sucedió a otros países.

La respuesta a estas dos últimas dudas —2 y 3—, puede darse a la vez, empezando quizá por la inevitabilidad de sufrir un largo período de hambre. La verdad es que la recuperación alemana después de la derrota más terrible de la historia no se realizó a fuerza de hambre, así, sin más. La generosa ayuda americana hizo posible el romper el círculo vicioso «Infraproducción-Infraalimentación». De esto se ha escrito ya suficientemente. No queremos repetir. En la misma Inglaterra ya costará el demostrar que el obrero que marchaba desde el campo a la industria permanecía en la industria con peor alimentación de la que había gozado en la agricultura. Claro que, aun con cierta mejora mínima, distaba mucho la situación precaria del obrero de entonces de la situación que hoy juzgamos rectamente debe disfrutar el obrero. Un caso cierto de industrialización, en el que, según datos seguros, no se puede hablar de período de hambre motivado por la industrialización, se nos ofrece en la Alemania imperial. Ya desde

1871 confluyen emigrantes agrícolas del Este alemán hacia la región del Ruhr, donde se emplean como mineros de carbón. En ninguna de las minas se registraba un nivel de vida —alimentación en primer término— inferior al originario agrícola: se constata un progreso del orden, cuando menos, del 3 por 100. Por circunstancias muy peculiares cuesta más asegurar otro tanto de la industrialización de Rusia y de China, sobre todo de la primera: las causas del hambre sufrida por el pueblo hay que buscarlas más en la intolerancia del sistema impuesto por Stalin, que en la industrialización misma. Hoy se puede con razón creer que, a pesar de la *Investitionsquote* del 25 por 100, acaso del 30 por 100, del producto social nacional, el pueblo ruso no ve disminuir su ritmo de alimentación, como si los alimentos mismos fueran los que se transforman en inversiones industriales. Incluso se puede creer que no todo el índice de aumento de la productividad va íntegro a la inversión, de modo que el pueblo se mantenga en un perpetuo mínimo de alimentación, si bien esta concepción ya responde más de cerca a la realidad.

Las inversiones, la formación de capital, han de verificarse aumentando la productividad del individuo, dándole una nueva ocupación más rentable; de modo que parte de su nueva producción quede a su disposición, para consumo, y parte se destine a esa ansiada formación del capital.

La FAO ha informado sobre Turquía. El producto social del trabajador agrícola viene a ser de los 200 dólares anuales. El del operario industrial, de 865 dólares anuales. Sin llegar siempre a tanta diferencia, pero ya se echa de ver que éste es el único camino sano viable para la formación de capital y la industrialización de estos países subdesarrollados. Es una verdadera inversión la que se realiza al trasladar al trabajador agrícola —que era productivo en un grado de 200— al quehacer industrial para que rinda en un grado de 800. Así podrá disponer, digamos, de doble para su consumo —por ejemplo, 400 al año— y aportar otros 400 para la inversión nacional. Ni el capitalismo americano ni el comunismo ruso marchan por otra ruta fundamentalmente en sus grandes éxitos. Eso sí, formulemos así el principio de la solución: inversión externa e inversión interna. La inversión interna supone una aplicación de las fuerzas propias que yacen en un paro más o menos manifiesto y más o menos reconocido... y supone un esfuerzo titánico por formar a cada uno de los hijos de la patria, intensamente, para que con su progreso propio haga cada cual más rentable la «inversión» de sus facultades en bien de los demás.

En eso consiste el pleno desarrollo, sin sucumbir al comunismo.

José M. ABAD BUIL, S. I.
Frankfurt-Alemania.